

LA APUESTA

COMEDIA EN UN ACTO

## PERSONAJES

DORN.  
FÖRSTER.  
EDUARDO.  
LEONOR.  
JUAN.  
FEDERICA.

## ACTO ÚNICO

### ESCENA PRIMERA

DORN y después FÖRSTER.

DORN.—Muchas veces lo he dicho: y, ¿quién no sabe que hay cosas que con facilidad se emprenden y con gran trabajo se terminan? ¿Qué importa pensar y hablar con toda sensatez? He vuelto á meterme ahora en un negocio, que me saca por completo de mis costumbres. Dejo mi residencia de campo en la estación más hermosa; me voy al pueblo; allí el tiempo se me hace demasiado lento y la impaciencia me trae de nuevo aquí. Desde las ventanas de esta mala posada estoy viendo mi casa y mis jardines, y no me atrevo á entrar en ellos. ¡Si al ménos esto no fuera tan incómodo! Todas las sillas en que me voy á sentar están desvencijadas. No hallo un gancho para colgar mi sombrero, ni casi un ángulo donde dejar mi bastón. Pero todo lo paso bien, con tal de alcanzar el fin que me propongo, y que la joven pareja sea feliz.

FÖRSTER (desde fuera.)—¿Se puede uno hospedar aquí? ¿No hay nadie en la casa?

DORN.—¿Habré oído bien? ¡Förster! Al menos hallo un compañero en mi extraña situación.

FÖRSTER (entrando).—¡Dorn! ¿Es posible? ¿Eres tú? ¿Cómo estás en esta posada y no en tu casa? Dijéronme que te hallabas en la ciudad. Todo lo he encontrado en tu morada solitario y desierto.

DORN.—No tan desierto como crees. Los enamorados están allí.

FÖRSTER.—¿Quién?

DORN.—Leonor y Eduardo, encerrados.

FÖRSTER.—¿Los dos jóvenes juntos?

DORN.—Juntos ó separados, como quieras.

FÖRSTER.—Descíframe el enigma.

DORN.—Pues oye: es una apuesta; necesitan sufrir una prueba que ha de afirmar su dicha futura.

FÖRSTER.—Me pones cada vez más curioso.

DORN.—Eduardo y Leonor se quieren, y yo he fomentado el germen de ese sentimiento, porque vería con gusto una unión más estrecha.

FÖRSTER.—A lo cual desde luego di mi aprobación.

DORN.—Eduardo es un gran muchacho, lleno de talento y aptitudes, muy instruído, con el mejor corazón y los más vivos sentimientos del mundo, pero algo pronto y presuntuoso.

FÖRSTER.—Confiesa, sin embargo, que el conjunto hace un joven amable por todo extremo.

DORN.—¡Toma! Ya sabemos algo de eso. Leonor es dulce y sensible, activa al mismo tiempo y hacendosa;

sin embargo, no carece de vanidad; le quiere de veras, pero muchas veces tiene cierta tendencia al mal humor, que no se aviene con la viveza de Eduardo, y de ahí que hayan surgido con frecuencia en ese tiempo dichoso en que son novios y prometidos, disputas, contrariedades y muchas desazones.

FÖRSTER.—Eso cesará después de la boda.

DORN.—Yo quisiera que fuese antes, y esta es precisamente la causa de tan singulares disposiciones. Muchas veces he llamado la atención de los jóvenes acerca de sus faltas, deseando que cada parte reconociese las propias, cediese y lo allanasen todo recíprocamente. Predicaba en desierto; á pesar de ello, no podía menos de continuar en mis amonestaciones, y hace ocho días, encontrándolos más tercos que nunca, hube de declararles, con toda seriedad, la inconveniencia de su conducta, puesto que, para decirlo claramente, no podían estar ni vivir el uno sin el otro. Ellos lo tomaron un poco por lo alto, y aseguraron que sí les sería muy posible estar el uno sin el otro, y aun vivir separados.

FÖRSTER.—Esas cosas se dicen muy pronto, pero las riñas no suelen durar.

DORN.—Así lo tomé yo, chanceándome con ellos y amenazándoles con poner á prueba su disposición, para ver cuál de los dos buscaba al otro, y cuál se acercaba al otro primero. La vanidad tomó cartas en el juego, y cada uno de ellos aseguró que tendría, si llegase el caso, la más firme perseverancia.

FÖRSTER.—Palabras, nada más que palabras.

DORN.—Y para saber si hay algo más, les he hecho la proposición siguiente: «Conocéis—dije—las dos habitaciones contiguas, que con mi difunta mujer he habitado. Comunicanse por una puerta de reja, con una cortina que se puede correr desde cualquiera de ellas; cuando teníamos algo que decirnos mi mujer ó yo, alzábamos la cortina el uno ó el otro. Vosotros, que sois prometidos, vais á ocupar ahora estos dos cuartos, y hagamos una apuesta, á ver cuál de las dos partes siente más la separación, nota más la falta del otro y da el primer paso para volverse á ver». Por consentimiento mutuo, se prestaron á la prueba; entraron, corrió la cortina, y en tal estado se hallan las cosas.

FÖRSTER.—¿Desde cuándo?

DORN.—Desde hace ocho días.

FÖRSTER.—¿Y aún no ha ocurrido nada?

DORN.—Creo que no; pues Juan y Federica, que observan atentamente á sus amos, tienen orden de mandármelo á decir inmediatamente al pueblo. Nada he sabido, y vuelvo lleno de impaciencia, para conocer en las cercanías lo que ocurre.

FÖRSTER.—Y yo llego con toda oportunidad para esta aventura estupenda, y en gracia de su singularidad, quedome gustoso contigo en la mala posada, en vez de hacerlo en tu cómoda vivienda.

DORN.—Espero que la molestia no durará mucho tiempo; acomódate lo mejor que puedas; entretanto, no dejarán de venir nuestros guardianes.

FÖRSTER.—Estoy curioso de saber el resultado, porque

en el fondo la broma no me gusta, y puede traer consecuencias muy peligrosas.

DORN.—De ninguna manera; estoy convencido de que todo ha de terminar en provecho de los novios. El que se muestre más débil, no pierde nada, porque con eso prueba la fuerza de su amor. Y si otra cosa imagina el más fuerte, después de pensarlo un poco, verá que el más débil le avergüenza. Han de comprender lo agradable que es ceder y entenderse. Han de quedar profundamente convencidos de lo necesario que es el trato y la mutua verdadera confianza del alma, y que es locura creer que las ocupaciones y las distracciones pueden satisfacer á un corazón amante. Se les hará ver, con más fuerza, cuántas veces el mal humor turba la felicidad doméstica, y cómo la viveza excesiva trae muchas horas sombrías en pos de sí. Si se desprenden de estos defectos, cada uno de los dos reconocerá y apreciará el mérito del otro, y seguramente evitarán toda ocasión de desavenencias más serias.

FÖRSTER.—Esperemos lo mejor; entretanto, el medio no deja de ser singular. Tal vez, sin embargo, los viejos, que tenemos experiencia del mundo, aprendamos algo con esto. Veremos cuál de las dos partes aguanta más tiempo el aburrimiento y la contrariedad.

DORN.—Ya suben la escalera con tu equipaje; ven, te ayudaré á instalarte. (Vanse.)

## ESCENA II

JUAN. FEDERICA.

JUAN.—Tampoco está aquí el señor, ni en el jardín; ¿dónde se hallará? Tengo que decirle algunas cosas curiosas.

FEDERICA.—¿De los enamorados? Bueno; pues cuando tú hayas hablado, me llegará mi turno. La señorita me da mucho cuidado.

JUAN.—¿Cómo es eso?

FEDERICA.—Pues verás. Los primeros días de su nuevo sistema de vida, todo iba tranquilo y bien. Parecía contenta, trabajaba y se gloriaba de no necesitar del señorito, y estar alegre. Creíase bien acorazada contra las embestidas del amor, y no me hubiera sido posible advertir lo que por él siente, si no hiciese con maña recaer en ti la conversación.

JUAN.—¿Y qué maña se necesita para eso? A mí me parece cosa muy natural que se piense en mí, y de mí se hable en ocasiones.

FEDERICA.—No te apures. Esta vez te vas como has venido; esta vez ella se ingeniaba solamente para saber, con disimulo, si estabas mucho con tu señor, y cómo le iba. Si yo parecía no parar en ello la atención, no cesaba en sus preguntas; pero si demostraba suponer amor ó sospechar en ello algún deseo de volverle á ver, se callaba de repente, poníase fosca y no hablaba palabra.

JUAN.—Bonito entretenimiento.

FEDERICA.—Así pasaron los primeros días. Ahora no habla absolutamente nada y no come ni duerme más; deja una labor y toma otra, y parece tan enferma, que da angustia verla.

JUAN.—¡Anda! ¿Y qué ha de ser todo eso? ¡Caprichos, y nada más que caprichos! ¡Por eso las mujeres parecen siempre enfermas! Todas son así.

FEDERICA.—¿Dices eso también por mí, Juan? Espero que no.

JUAN.—¡No te enfades! Yo hablo sólo de las señoras principales; todas tienen esas fantasías, cuando no se les adula su vanidad.

FEDERICA.—No; mi señorita no entra en ese número; lo que es muy probable es que el amor la consume.

JUAN.—¡El amor! Y entonces, ¿por qué lo oculta?

FEDERICA.—Es que hay una apuesta.

JUAN.—¿Qué apuesta, ni qué apuesta? Cuando uno ama...

FEDERICA.—¡Pero el amor propio!...

JUAN.—Eso no vale nada para el amor. Las personas vulgares somos mucho más felices; no conocemos esos refinamientos. Yo digo: Federica, ¿me quieres? Tú dices: ¡Sí! Y soy tuyo... (La abraza.)

FEDERICA.—Cuando el destino de nuestros señoritos se decida y nos entreguen el dote que hemos de merecer, observando atentamente á nuestros enamorados.

## ESCENA III

DORN, FÖRSTER y dichos.

DORN.—Buenos día, muchachos. Decidme, ¿qué ha pasado?

JUAN.—Nada de particular, señor; sólo que mi prisionero, tan pronto está agitado y exaltado, tan pronto pensativo y metido en sí. A veces se calla, reflexiona, parece decidirse, corre á la puerta cerrada; luego retrocede y desecha aquel pensamiento.

DORN.—Förster, ¿oyes?

FÖRSTER.—¡Adelante!

DORN.—Cuéntanos, Juan, lo que ha ocurrido desde que me marché.

JUAN.—¡Ay, Dios mío! ¿Cómo he de recordar las mil cosas que pasaron, todo lo que he visto y oído? No sé dónde tengo la cabeza. ¡Si esto se llama querer! Si esta es la costumbre entre las personas distinguidas, huélgome de ser, por siempre jamás, el pobre Juan y asegurar sencillamente á mi Federica que la quiero.

DORN.—Bien; ¿y qué cosas extraordinarias han pasado?

FÖRSTER.—Explicáte.

JUAN.—Yo contaré lo mejor que pueda. Cuando usted se fué, encerróse el señorito, y se ocupó leyendo y escribiendo; sólo que yo lo encontraba muy animado. Salía á pasear por los contornos, volvía á casa tarde; estaba alegre, y así pasaron algunos días. Luego fué de caza y cambió de ocupaciones. Entonces pude advertir,

con facilidad, que en ninguna se fijaba. Subía á su cuarto, volvía á bajar, arrojaba un libro, cogía otro, y cuando reñía podía haber sido alguna vez con fundamento, pero real y verdaderamente era muchas veces sin motivo; sólo quería dar salida á los sentimientos impetuosos que en él se sucedían.

DORN.—Perfectamente.

JUAN.—Así pasaron los días. En el paseo, suspiraba por volver á la casa. Abreviaba las cacerías y se volvía; pero en el camino vacilaba, indeciso siempre, y hablaba solo; ponía una cara que me asustaba; á veces se quedaba parado y tieso, otras parecía dudar... se acerca á la peligrosa cortina y retrocede al instante, enojado consigo mismo. La impaciencia y la incertidumbre lo atormentan, y temo que se vuelva loco.

DORN.—Basta, basta.

JUAN.—¡Cómo! ¿No he de contar más?

DORN.—Por ahora no necesito más; ve y cuida de él, y continúa diciéndome lo que pase.

JUAN.—Todavía tenía mucho que decir.

DORN.—¡Otra vez; ve!

JUAN.—Si la cosa es así... Estaba precisamente en vena, y creo que si tales cosas viese y contase muy á menudo, yo mismo podría volverme muy extraordinario; ¿que piensas tú, Federica?

FEDERICA.—Quedémonos como somos.

JUAN.—¡Choca!

(Le alarga la mano y la lleva al fondo de la escena, donde queda ella sola.)

DORN.—Vamos, Förster, ¿qué dices de este principio?

FÖRSTER.—No mucho; todavía no se puede decir nada categórico.

DORN.—Perdona, amigo: estamos más cerca del término de lo que te figuras. Eduardo parece haber moderado su orgullo; el sentimiento se enseñorea de él, y pronto lo dominará.

FÖRSTER.—¿De dónde sacas esa conclusión?

DORN.—De todo lo que cuenta Juan, de los detalles y del conjunto.

FÖRSTER.—No será él seguramente quien dé el primer paso. Le conozco muy bien, tiene demasiado amor propio, una idea demasiado alta de su mérito, y no cederá.

DORN.—Lo sentiría mucho; sería menester amar muy poco á mi hija; tener muy poca alma, muy poco sentimiento y ninguna energía, para persistir en esta penosa situación.

FÖRSTER.—¿Y Leonor, no podría igualmente?...

DORN.—No, amigo mío: las mujeres tienen, por modestia, cierta reserva, que es su mayor adorno, la cual les priva de mostrar libremente sus sentimientos, y éstos salen mucho menos al exterior en casos como el de esta apuesta, en que el amor propio entra en juego. Son capaces de sufrir hasta lo sumo, antes que sacrificar este orgullo; consideran inferior á su dignidad dar á entender á un hombre que están pendientes de él, que le aman con ternura; en secreto sienten tanto como nosotros, quizá con más constancia, pero son más dueñas de su inclinación.

FÖRSTER.—Puedes tener razón; pero sepamos antes lo que hace Leonor; después podemos caminar con más seguridad en nuestras suposiciones.

DORN.—Habla entonces, Federica.

FEDERICA.—Señores; yo temo mucho por la salud de la señorita.

DORN (con viveza).—¿Está mala?

FEDERICA.—No precisamente; pero no puede comer ni dormir, anda por allí como un medio fantasma, desdeña todas sus ocupaciones favoritas, no toca la guitarra, en que acompañaba á Eduardo, ni tampoco tararea cancioncitas como antes.

DORN.—¿Habla?

FEDERICA.—Muy pocas palabras.

DORN.—¿Y qué dice?

FEDERICA.—Casi nada; me pregunta á veces por Juan, con lo cual advierto que siempre piensa en Eduardo.

DORN.—¿Ha estado así los ocho días?

FEDERICA.—¡Oh, no! Al principio estaba alegre, más que antes se ocupaba en las faenas domésticas, en hacer música y cosas por el estilo. No echaba de menos á su novio, y se felicitaba de poderle probar que era fuerte.

DORN.—¿Ves, Förster, lo que te decía? Sosteníala el orgullo femenino.

FÖRSTER.—Pero ¿en qué consiste que al principio gustaba del trabajo y ahora lo abandona?

DORN.—También esto me lo explico muy bien: las mujeres están acostumbradas á la laboriosidad. Sabiendo que se las quiere, no temen la soledad; un solo mo-

mento alegre, con la presencia del que aman, les proporciona amplio consuelo; sólo la pérdida completa de un sentimiento compartido les es dolorosa y las consume, caen en una situación penosa y triste, que cuanto más se esfuerzan en ocultar, más las devora, y se marchitan.

FEDERICA.—¡Perfectamente! Eso debe sucederle á la señorita Leonor, porque tengo muchísimas pruebas de que quiere á Eduardo. Muchas veces, como por casualidad, va hasta la puerta, y luego, avergonzada, vacila y vuelve atrás. Sus ojos se llenan de lágrimas, parece escucharle, quiere adivinar sus pasos, sus pensamientos; lucha entre el amor y la firmeza.

FÖRSTER.—¿Pero, por qué no te pregunta por él? ¿No ha dicho Juan que Eduardo le habla muchas veces de Leonor con vehemencia? ¿La quiere entonces él más que ella á él?

DORN.—¡Ah! Bien se ve que conoces poco las mujeres. ¿Cuándo toman confidentes para sus sentimientos? Velan cuidadosamente sobre ellos y tratan de ocultarlos á los ojos de todos; temen, sobre todo, el triunfo vanidoso del arrogante dominio masculino; renuncian á todo antes que descubrirse. Pueden amar en silencio por sí solas, y sus sentimientos son así más fuertes y más duraderos. Los hombres, por el contrario, son más arrebatados, no hay modestia que les prive de pensar en alto; por eso Eduardo no se guarda de Juan.

FEDERICA.—¿Quiere usted una prueba más de que le ama? Ya sabe usted el lindo jardincito que ornó Eduar-

do para el día del Santo de Leonor; pues allí va todos los días. Allí se está horas enteras callada, con la vista fija en el suelo, y todas las chucherías que él la ha regalado las tiene sobre su mesa. Muchas veces parece presa de inquietud, que se manifiesta en suspiros. ¡Sí! está enferma de amor; me sostengo en lo dicho, y si no se la saca de esta situación...

DORN.—Déjalo estar, Federica, todo se resolverá en tiempo oportuno.

FEDERICA.—De estar yo en su lugar, hace mucho tiempo que se hubiera resuelto. (Vase.)

#### ESCENA IV

DORN. FÖRSTER.

DORN.—Estoy contento; todo va según mi deseo.

FÖRSTER.—Pero ¿y si tu hija enferma?

DORN.—No lo creas; esto ya no puede durar mucho.

FÖRSTER.—¿Eso piensas?

DORN.—Cederán, se verán, se amarán, y con amor más probado.

FÖRSTER.—Quisiera saber qué es lo que te pone de tan buen temple.

DORN.—Que veo mi obra terminada. Los dos están como yo quería, y donde yo quería. Sus pocas palabras y sus acciones todas, hállanse en conformidad con su situación y con sus sentimientos.

FÖRSTER.—¿De qué modo?

DORN.—Eduardo, muchacho fogoso, todavía se mues-



tra descontento, y lucha entre la vanidad y el amor; pero el amor vence, siente el tormento del aislamiento. Tiene ante su vista, con toda viveza, la figura de Leonor y su atractivo; ya no aguanta más ni es susceptible de ninguna distracción; abrirá la puerta y se declarará vencido.

FÖRSTER (para sí).—Eso no me parece aún completamente seguro.

DORN.—Leonor, noble y discreta niña, aunque algo caprichosa, pensó en un principio soportar firme el tiempo de la prueba por medio de ocupaciones que le hiciesen olvidarse de Eduardo, pero un día ha pasado después otro. Ha debido temer que su amado se enfriase, no quiso preguntar; así ha permanecido reconcentrada, entregada á la incertidumbre más penosa. Vivamente ha sentido el vacío, la pérdida de aquel tierno sentimiento correspondido. Para ella no hay medio alguno de dar el primer paso; la dignidad se lo impide, y prefiere padecer. De ahí provienen los suspiros, las lágrimas y la falta de sueño y apetito. Piensa hallar una compensación contemplando objetos inanimados, cuya sola vista renueva y aviva sus pesares. Leonor ama á Eduardo quizá con más ternura que antes, y sólo espera el momento de volver á entrar en posesión de sus antiguos derechos.

FÖRSTER.—Eso, lo veremos.

DORN.—Bueno; observémoslos; en el techo de aquellas habitaciones hay una abertura secreta; vamos allá, y nos convenceremos por nosotros mismos. (Vanse.)

## ESCENA V

Habitación dividida, bien amueblada, provista de toda clase de objetos de entretenimiento, como pupitres, libros, instrumentos, etcétera. Puerta, reja y cortina en la forma descrita.

LEONOR al lado derecho. EDUARDO al izquierdo. DORN y FÖRSTER arriba. Al final, JUAN y FEDERICA; EDUARDO se pasea de prisa de un lado á otro: habla muy vivo consigo mismo. Parece unas veces turbado y otras irresoluto. LEONOR, triste, con una labor en la mano. Mira suspirando á la puerta; después fija su vista en una cartera con las cifras de Eduardo, y la moja con sus lágrimas.

EDUARDO.—No; no salgo. ¿Adónde voy á ir? ¿Qué he de emprender? Nada me divierte; todo me disgusta: ¡jella me falta! ¡Tú, Leonor, la criatura más noble, la más amante y la más amable! ¿Dónde están aquellos felices momentos que á su lado pasaba; en que ella me encadenaba con su hermosa figura y su dulce natural? ¡Era mi primero y mi último pensamiento! Su simpatía y su ternura redoblaban todos mis placeres. A su lado encontraba descanso después del trabajo; ahora estoy disgustado. ¡Cuántas veces alegraba las horas tristes su canto grato! Cada palabra de amor que hablaba, respondía dulcemente á las disposiciones de mi corazón. ¡De qué entusiasmos no era yo capaz! Sus mismas incomodidades pasajeras, no son tan desagradables como en mi falta de paciencia me figuraba. ¿Por qué fui tan aturdido? ¿Cómo pude, por amor propio, aceptar esta prueba?... Ahora, ¿quién cederá?... ¡Ella, no!... ¿Yo?... ¡Sí!

(Con serenidad.) ¿Por qué lo dilato? Ábrase la puerta y vaya yo hacia ella, mujer celestial, para jurar á sus pies amor eterno, asegurándole que sin ella no puedo vivir. Pero ¿qué se dirá? Tendrántese por cobarde y por débil; tus amigos se burlarán de ti... ¿Qué importa? Pero tú misma, Leonor, te envanecerías, me tendrías por vencido, querías dominar, y entonces, ¡pobre de mí si quiero ser hombre! Y lo puedo sin duda. ¿Por qué me estoy ocioso? Aquí hay bastante que hacer todavía. (Siéntase á su mesa de escribir, coge una pluma, pero en lugar de escribir, se queda sumido en sus pensamientos.)

LEONOR.—¡Otro día que ha pasado sin que Eduardo se deje ver! ¡Oh, qué tormento! Me ha olvidado, y no puede amarme tanto como yo creía; si él sintiese siquiera la mitad de mis sufrimientos, se apresuraría á perder la apuesta; yo bien podría subsanar su vanidad ofendida. ¿Y qué importa la vanidad en comparación del amor ardiente, de la felicidad que se encuentra cuando uno es correspondido? Los días, las horas pasan como en dulces sueños; me sentía feliz cuando después de mis ocupaciones domésticas me solazaba con su conversación. ¡Padre cruel! ¿Cómo has podido hacerme tan desgraciada con esta prueba? ¿No me era mejor haber sufrido las arrogancias de Eduardo? Ahora yo no puedo dar el primer paso. Mi corazón me impulsa, pero la modestia, adorno principal de una muchacha, me lo impide, y debo obedecer... sufrir... y ¿cuánto tiempo aún? (Deja caer la labor y suspira.)

EDUARDO (levantándose del pupitre con precipitación.)—No

puedo escribir; ¿dónde voy á buscar ideas y ánimos? ¡Si al menos viniera Juan para poderle hablar de Leonor! Realmente, él entiende muy poco mis sentimientos; pero por lo menos está bien dispuesto, y venera á Leonor como á una divinidad; como todo el que la conoce. Me parece que le oigo.

LEONOR (mirando con gracia la cartera, y estrechándola contra su corazón.)—Sí; aquí está la prenda de tu amor; aquí está tu nombre. ¿Y puedes olvidarme, Eduardo? ¿Qué haré? ¿Cómo atraerlo?... ¡Ah, magnífico! Quizá esto haga efecto. (Corre á coger su guitarra y se sienta contra la pared al lado de la puerta, de modo que desde la reja no se la pueda ver. EDUARDO, que está sentado y pensativo, se reanima con la música, reconoce la voz que tantas veces le ha encantado, y sin darse tiempo de pensarlo, levanta la cortina. Trata de ver á LEONOR, aunque no lo consigue. Ella va hacia la puerta á escuchar, encuentra la cortina corrida y va á su novio. Expresa su susto, su alegría, y se abre la puerta, y antes de darse cuenta, se halla en los brazos de EDUARDO.)

LOS DOS.—¡Te vuelvo á tener! ¡Soy tuyo!

DORN y FÖRSTER (entrando.)—¡Bravo! ¡Bravo!

LEONOR y EDUARDO se quedan confusos.

DORN.—¡Niños! ¿Qué decía yo?

LEONOR.—Es Eduardo quien vino.

EDUARDO.—No; ella fué la que quiso ver si yo escuchaba.

DORN.—Los dos tenéis razón. En el fondo, ninguno ha

perdido la apuesta. Idéntico sentimiento os animaba. Habéis hecho lo que correspondía hacer á un joven y á una muchacha. Leonor ha tratado, por la maña, de moverte á que levantases la cortina; tú has obedecido al sentimiento con más viveza. Leonor quería solamente probarte, sin descubrirse. Habéis demostrado que en los corazones nobles y sensibles ocurren los mismos movimientos, sólo que se expresan de maneras diferentes y adecuadas. Sois dignos el uno del otro. Amaos, perdonaos vuestras pequeñas flaquezas, y tratad de que el mutuo cariño os las compense.

LEONOR.—Este día será sagrado para nosotros.

EDUARDO.—Realmente, tú nos has enseñado á amar.

FÖRSTER.—Y yo he aprendido más hoy que en toda mi vida.

FEDERICA.—Y yo también.

JUAN.—Tú; ¿y qué es lo que has aprendido? ¡Anda! Todo eso es demasiado sublime y demasiado elevado para nosotros; amémonos sencilla y dichosamente, y para esto no hay nada más sencillo en el mundo, señor, que un bonito dote.

DORN.—Lo tendréis.

## INDICE

	<u>Páginas.</u>
GOETZ DE BERLICHINGEN .....	1
CLAVIJO .....	161
EGMONT .....	237
LA APUESTA .....	369